campos no producirán el pan. Los setenta intérpretes así traducen este lugar, así como el texto siriaco, el arábico y la antigua Itala.

Podríamos responder también, siguiendo la opinión de algunos botánicos, que si bien el higo no tiene una flor tan aparente y vistosa como en los otros árboles, es decir, si carece de corola, no por eso deja de tener las partes esenciales de la flor, que son los pistilos y el ovario, aunque estén encerrados dentro del mismo fruto.

Pero aun cuando no puede decirse que la higuera en algun sentido produce flor antes que el fruto, la expresión de nuestra Vulgata, que evidentemente es figurada, puede muy bien emplearse como en los clásicos latinos la encontramos empleada de la misma manera, sin que nadie se atreva á decir que choca á la ciencia ó al sentido común. Así Virgilio dice: *Pampineo gravidus autumno floret ager* (1) y sin embargo, la vid no florece en el otoño, y Lucrecio en el mismo sentido dice: *Floret mare navibus.* (2)

CAPITULO XXXIX.

LOS MACABEOS.

El autor ó los autores de los dos libros de los Macabeos, dicen con un aplomo admirable los enemigos de la divina revelación, manifiestan una supina ignorancia en cuanto se refiere á la historia profana contemporánea á la época que historían. Comienzan en el primer capítulo del primer libro por decirnos que Alejandro Magno antes de morir dividió su reino entre sus principales capitanes; siendo así que la historia profana enseña que después de la muerte del gran conquistador fué cuando sus capitanes se disputaron y dividieron el imperio. El mismo Alejandro, hijo de Felipo y oriundo de Grecia como todos saben, es llamado en este libro, originario de la tierra de Cethin; que según el libro de los Números (1) es la Italia. Finalmente, ni siquiera mostró tener rudimentos del derecho público y de la historia romana, cuando asegura que los *romanos encomendaban anualmente á un magistrado elegido por ellos el gobierno de su república,* (2) siendo así, como todos sabemos, que la república romana era regida por dos cónsules que eran elegidos cada año, entre los ciudadanos. Para colmo de la ignorancia, el autor del primero de nuestros libros, supone que los espartanos son del linaje de Abraham, por lo que los llama hermanos de los hebreos. (3).

Vamos á contestar á cada una de estas dificultades. Con relación á los últimos años de la vida de Alejandro Magno, nada cierto ha-

(1) Georg. lib. II. vers. 5.
(2) Libro V.

(1) XXIV. 24.
(2) I. Mac. VIII. 16.
(3) I, Mac. XII. 6. 7.

llamos en la historia profana y en consecuencia, debemos más fe á nuestro libro que á los autores profanos. En efecto, es una regla admitida por todos en la crítica histórica, que todo autor contemporáneo debe preferirse á los autores posteriores. Pues bien, no hay autor más cercano á la época de Alejandro Magno, como el autor del primer libro de los Macabeos.

Es tanta la incertidumbre tratándose de los últimos años de la vida de Alejandro, que Arriano dice: "Sobre Alejandro, se han escrito más y más memorias, no hay hombre de quien más se haya escrito y de quien se hayan proferido más cosas contradictorias. (1) Curcio mismo, aunque no admite el hecho referido en nuestro libro, es decir, que Alejandro antes de morir, dividió su imperio entre sus generales, dice que esta era la opinión de muchos escritores de su época. Dice textualmente: Algunos han creído que las provincias del imperio griego, fueron distribuidas por el testamento de Alejandro; pero este rumor aunque haya sido propagado por muchos autores, nos parece poco verdadero. [2] ¿Pero es verosímil que Alejandro, haciendo á un lado á sus propios hijos, dejase el imperio á sus capitanes? A nadie parecerá esto difícil, si atiende á que cuando murió Alejandro no

(1) De expeditioni Alexandri M. I. 1.
(2) De rebus gestis Alexandri M. X. 10.

tenía otro hijo que el que le había dado á luz una bailarina, que siendo persona vil, no podía suceder á su padre en el imperio Heleno. Es verdad que tuvo un hijo legítimo póstumo; pero ó se ignoraba que la reina había al fin concebido ó temió que sus generales le diesen muerte por arrebatarle el imperio.

La objeción tomada de la patria de Alejandro, que en nuestro libro se dice ser Cethin, sólo puede mover á los espíritus poco familiarizados con la lectura de la Sagrada Biblia, porque todos los que han hecho de ella algún estudio, saben perfectamente que con el nombre de Cethin que literalmente quiere decir islas, designaban los hebreos á todas las regiones situadas más allá del mar Mediterraneo. El error geográfico de llamar islas al continente europeo, debía perdonarse á los escritores hebreos que no estaban en la obligación de adelantarse á su época y conocer mejor que sus contemporáneos la configuración de los otros países. Además, la razón principal por la que daban este nombre á las regiones europeas, era por la necesidad de embarcarse para llegar á ellas y esto es rigurosamente cierto, ya sea que se trate del continente, ya de las islas adyacentes. En consecuencia, cuando el autor del primer libro de los Macabeos, llama á Alejandro hijo de la tierra de Cethin, solamente quiso asegurar que había nacido en Europa.

Digamos ahora dos palabras sobre lo que se

nos objeta acerca del gobierno de los romanos. Las palabras que nos oponen no son de nuestro autor, sino del emisario que trató este asunto con Júdas Macabeo. Hé aquí textualmente el lugar que se nos objeta: *Oyó Judas el nombre de los romanos y supo que eran muy poderosos y que . . . . . encomendaban á un hombre el gobierno, etc.*, por lo que si esto es falso, no debe atribuirse al autor; sino al que se supone que habla con Júdas, ya que los errores propios de los hombres de quienes trata la historia, á ellos y no á esta, deben atribuirse, porque si no, sería imposible una historia verdadera.

No faltan, sin embargo, quienes crean que las palabras citadas, no se oponen á la verdad, ya porque los dos cónsules no forman sino una persona moral, ya porque aunque fuesen dos los nombrados se turnaban en el despacho de los negocios públicos, de modo que en un momento dado, era uno solo quien ejercía la suprema majestad.

El último punto de la dificultad, se refiere al parentesco de los espartanos con los judíos. Sobre esto decimos, que así como fuera de lo que se lee en este libro, no tenemos otra prueba con que demostrar la existencia real de esta cognación; así tampoco nuestros adversarios tienen razón alguna para negarla. Quizá la grande semejanza que se puede observar entre las costumbres de uno y otro pueblo, pudo engendrar la idea de este parentes-

co. Pero aunque supongamos que es una falsedad, de ahí no se sigue la desautorización del libro que nos ocupa. En efecto, estas palabras se encuentran en la carta que los judíos dirijieron á los lacedemonios y por eso, aunque sea falso lo que en ella se asienta, no se vicia la veracidad de la historia que queda en salvo siempre que dicha carta tal cual se halla consignada en nuestro libro, fuera escrita por los judíos.

2 De lo que llaman errores históricos, pasan los racionalistas á oponer diversos hechos que juzgan inverosímiles, de los que sólo uno vamos á citar y esclarecer en cuanto sea posible. Dícese en el cap. VI. v. 37 y siguientes del primer libro: En el ejército de Antioco Eupator, había treinta grandes elefantes instrudios en el arte de pelear, y sobre cada uno había unas torres de madera con sus máquinas de guerra y con treinta y dos hombres fuertes, que peleaban desde ellas, aparte del indus que gobernaba la bestia.

Que todo esto no sea increible lo atestiguan los escritores profanos. Juvenal habla de las torres que se colocaban sobre el lomo de los elefantes como de una cosa bien conocida:

In dorso ferre cohortem,
Partem aliquam belli, et eumten in praelia
(turrim [1]

(1) In. vit. Ap. l. 2, c. VI.

Plinio que casi puede llamarse autor contemporáneo de esta época, refiere que Julio César hizo que en el Circo Romano peleasen veinte elefantes, sobre cada uno de los cuales se encontraban sesenta gladiadores [1].

En tiempos más posteriores sabemos que cuando los portugueses sitiaron á Malacea en 1511, el Rey de esta ciudad iba montado sobre un elefante, y apoyado á derecha é izquierda por otros dos elefantes cuyos lomos sustentaban fuertes castillos, desde donde las flechas y los dardos caían como el granizo (2).

Con razón, pues, concluimos con Calmet: "Es cierto que el elefante puede cargar cinco y aun seis mil libras de peso. Pues bien, treinta hombres con una ligera armadura cual era la que antiguamente usaban los sagitarios ó flecheros no llega ni con mucho al peso de seis mil libras, pues si cada uno pesara ciento cincuenta libras, el total apenas sumaría cuatro mil y ochocientas.' 'El P. Veit añade: "Todo esto, cuando lo refieren los autores profanos, obtiene el asentimiento de todo el mundo; pero cuando los autores sagrados refieren cosas mucho menores entonces, todo parece increible" [3].

3. El último capítulo de donde se toman las dificultades en contra de la veracidad de

(1) Lib. VIII. c. 7.
(2) Historia de los viajes, Tom. I, pág. 333.
(3) S. Scriptura P. IV, S. IV, núm. 192.

los dos libros de los Macabeos, es de las contradicciones que creen haber encontrado entre las narraciones de uno y otro libro. El primer ejemplo sea la expedición de Lysias contra Judas Macabeo, que se refiere de distinto modo en el primero y en el segundo de nuestros libros. En el primero se lee que Lysias reunió un ejército de 60,000 peones y 500 caballos, de los cuales 5,000 quedaron muertos en el campo de batalla. En el segundo libro se dice que Lysias llevó á la Judea un ejército de 80,000 hombres de infantería aparte de la caballería y de los elefantes, y que de ellos perdió 11,000 hombres. ¿Cómo estos datos pueden conciliarse entre sí?

Dejemos, ante todo, advertido que los errores numéricos que muy bien pueden haber provenido de la negligencia ó impericia de los amanuenses, no llegan á probar que la parte substancial de la historia sea falsa. Pero con mucha probabilidad podemos responder que el segundo libro de los Macabeos se refiere á una expedición de Lysias posterior á la que describe el primero, pues sabemos que este general muchas veces intentó sojuzgar á los judíos, hasta que habiendo sabido la muerte de Antioco Epifanes trató de paz con ellos.

Para con una sola palabra satisfacer á las dificultades que nacen de la diferente cronología que se observa entre los dos libros; diremos que ambos usan la era de los Seleuci-

das; pero el autor del primer libro, siendo hebreo y escribiendo para los hebreos palestinenses cuenta el año según la costumbre de sus conciudadanos comenzando por el mes de Nisan correspondiente á nuestro Marzo ó Abril, mientras que el autor del segundo libro que escribió para los judíos helenistas cuenta el año del mes de Caslen [Octubre] en adelante, por lo que en algunos hechos hay entre los dos libros la diferencia de un año.

No negamos que en algunos números haya exageración; pero á nadie debe causar extrañeza que estos libros hayan sufrido las mismas viscisitudes que los demás, y que debido á la impericia de los copistas hayan variado los nombres y números que se encontraban en el original.

Finalmente, la principal dificultad que se hace contra nuestros libros se toma del modo contradictorio con que se refiere la muerte de Antioco, en el lib. I, cap. VI, en el lib. II, cap. I y en el cap. IX del mismo libro. En el primero de los lugares citados se dice que el rey Antioco murió en Babilonia después de haber intentado en vano despojar el templo de Elymaide en Persia, el año de 149 [164 A. C.] En la segunda cita leemos que Antioco murió apedreado dentro del templo mismo de una de las ciudades de Persia. En el último, en fin, Antioco, después de su tentativa de despojo del templo de Persépolis,

viéndose obligado á huir, murió miserablemente cerca de Ecbatana. ¿Puede ser más evidente la contradicción?

Responderemos citando las diversas maneras que han hallado los exégetas para explicar esta antilogía; pero antes dejaremos sentado que la primera narración con gran facilidad se puede conciliar con la tercera. La diferencia sólo consiste en el lugar donde estaba situado el templo que Antioco iba á despojar, y en el que le sorprendió la muerte. Pues bien, la ciudad de Elam ó Elymaida es la misma ciudad de Persépolis, y si se designa con dos nombres distintos, es que Elam es una voz caldea de que usaban los hebreos para designar á la Persia; mientras que Persépolis es el nombre griego de la metrópoli llamada así por todos los helenistas. Saben bien todos los amantes del estudio de la historia antigua, que los autores griegos suelen traducir en su lengua los nombres propios de los lugares; práctica que no observaron los demás escritores, ni la observamos nosotros en la época presente, pues al traducir un libro dejamos intactos y sin traducir los nombres propios de personas y de lugares.

Con más facilidad aún se explica la contradicción tomada del lugar en que acaeció la muerte de Antioco, porque en la primera cita sólo se dice que el rey, avergonzado y fugitivo, quiso volver á Babilonia; mientras que en el segundo se dice que la muerte no le dejó

cumplir su propósito, sino que le sorprendió en Ecbatana, cubriéndolo de una horrible úlcera que le arrancó palabras de tardío arrepentimiento. Como se ve, que no existe contradicción alguna. Mayor es la dificultad para conciliar con estas dos narraciones la que leemos en la carta de los judíos palestinenses contenida en el cap. I del segundo libro de los Macabeos. Para llegar á este objeto hay varias opiniones:

La primera es de Pereira (1) que piensa ser este Antioco Epifanes el mismo de que se habla en los dos lugares objetados; pero cree que ésta no es la narración de su muerte; sino del revés que le acaeció en la Persia, de modo que, aunque fué apedreado al intentar el despojo del templo, no murió allí mismo, sino que pudo huir hasta Ectabana donde murió. Si aquí se habla de la muerte de Antioco fué, ó por mala información de los que escribieron la carta, ó por error de los copistas.

Otros, como Roberto, Serario, Cornelio Alápide y el P. Patrizi, creen que el Antioco de que se trata en esta carta, no es Antioco Epifanes, sino Antioco Sidetes VII. Así se disiparía la contradicción, pero no es admisible la opinión, ya que esta carta fué escrita antes del año 160, antes de la era cristiana, puesto que se habla de Aristóbulo,

(1) In. Dan. l. IX. p. 267.

maestro del rey Ptolomeo y se supone que Júdas Macabeo aún vivía, y sabemos que murió el año 161 A. C., mientras que Antioco Sidetes, reinó del año 138 al 129, antes de nuestra era.

El P. Manuel Sá, supone que los autores de esta epístola, consignaron en ella, no la verdad del hecho, sino un falso rumor que se había esparcido acerca de la muerte de Antioco Epifanes. "Juntamente, dice, con la noticia del infeliz éxito de la expedición de Antioco contra el templo de Persépolis, parece que llegó á la Judea un vago rumor, como casi siempre sucede, que algún tiempo después, se disipó dando lugar á la versión fiel de esta muerte. La carta, pues, de los judíos palestinenses, fué escrita cuando aún dominaba los ánimos el rumor primitivo." Esta respuesta, aunque sea calificada de dura por Cornelio Alápide, no carece de probabilidad.

Sin embargo, nos parece más verosímil la sentencia de Lira, Dionisio Cartujano, Melchor Cano, quienes opinan tratarse aquí de la muerte de Antioco el Grande, del que sabemos por la historia profana, que pretendiendo apoderarse de los tesoros del templo de Belo, fué muerto en medio de un tumulto. Así lo refieren Apiano, (1) Diodoro Sículo, [2] Estrabon [3] y particularmente,

(1) Syr. 38
(2) Fragm. 29.
(3) Strab. XVI, 744.

Justino, que refiere el hecho y lo explica diciendo que vencido Antioco por los romanos, y teniéndoles que pagar el exhorbitante tributo ó indemnización de quince mil talentos eubeos, no pudiendo de otro modo reunir esta cantidad, pretendió despojar el templo de Belo, pero pereció en la demanda. (1)

Las dificultades que pudieran oponerse á esta composición serían que los autores profanos dicen que el templo que trató de despojar Antioco, estaba consagrado á Belo y que fué el pueblo quien dió muerte al rey, mientras que el autor sagrado dice que el templo estaba dedicado á Nanée, y que fueron los sacerdotes, los homicidas del rey. Creemos que esto se compone fácilmente diciendo que en el mismo templo, bien pudieron ser adoradas las dos divinidades, Belo y Nanée y que los sacerdotes fueron los primeros en arrojar piedras á Antioco, habiendo sido después secundados por el pueblo.

Después de esta larga excursión á través de los Libros Santos del Antiguo Testamento, creemos poder asegurar confiadamente: HASTA AHORA LA VERDADERA CIENCIA NO HA PRESENTADO NINGUNA DIFICULTAD INDISOLUBLE CONTRA LA VERACIDAD DE LOS LIBROS SANTOS.

Just. XXXII, 2.

INDICE.

Capítulos		Páginas
	PROLOGO.	
I.	La Creación del Universo....	9
II.	La Creación del hombre.....	29
III.	La Creación de Eva.....	39
IV.	Unidad originaria del género humano.....	41
V.	La antigüedad del hombre....	54
VI.	El Paraíso terrenal y la caída del primer hombre.....	76
VII.	Los Hombres antediluvianos..	84
VIII.	El Diluvio.....	93
VIII.	[bis] El ramo de oliva y el iris..	119
IX.	La Torre de Babel.....	125
X.	Abraham.....	129
XI.	Jacob.....	134
XII.	La vida patriarcal.....	136
XIII.	La persecución de os hebreos en Egipto.....	149
XIV.	Las plagas de Egipto.....	157